

Amaryi #4

verano de 2019

Gestación & alumbramiento



SHEREZADE
Ediciones femeninas

Amaryi #4

verano de 2019

Gestación & alumbramiento



SHEREZADE

Ediciones femeninas



SHEREZADE

Ediciones femeninas

Amaryi #4 - Gestación & alumbramiento

Edición de verano, 2019.

Bogotá, Colombia.

EDITORAS:

Anna A. Miranda

Sonia Rodríguez

IMAGEN DE CARÁTULA:

Anett Cañate

© de la edición: Anna A. Miranda y Sonia Rodríguez.

El copyright de los textos e imágenes interiores corresponde a sus respectivas autoras, tal como se indica en cada caso.

PUBLICACIÓN EDITADA CON EL APOYO DE:



Proyecto Amaryi

www.facebook.com/amaryi.retornoalamadre/



Ediciones Chiquitico.org

www.chiquitico.org



Mujeres en círculo

info@mujeresencirculo.org

www.mujeresencirculo.org/Amaryi/

Contenido

Introducción	5
Luna creciente. La medicina del embarazo, el parto y la maternidad	7
Útero [Ilustración] <i>Sonia Ro (Colombia)</i>	7
Del libro “Germen, crónica de un embarazo” <i>Haydee Ramos (México)</i>	8
Tu historia, nuestra historia. Historia de uno, de dos, de tres... El principio D <i>Judit Labernia Reverter (España)</i>	10
Útero, adentro <i>Ross Mira Hernández Velásquez (Colombia)</i>	14
Mujer mágica cocreadora de vida <i>Martha Patricia Velandia León (Colombia)</i>	17
Fragmentos a mi vientre, a ti que lo habitas <i>Anna A. Miranda (Cataluña - Colombia)</i>	22
Luna llena. Crónica de un parto	26
Mujer — Amor [Ilustración] <i>Victoria Castiblanco (Colombia)</i>	26
La niña Monte <i>Carolina Neri (Argentina - Colombia)</i>	27
Sabiduría [Ilustración] <i>Victoria Castiblanco (Colombia)</i>	28
El Gran Amaru: historia de nacimiento de la Serpiente Resplandeciente <i>Marcela Velásquez Cuartas (Colombia)</i>	30

Aliento de Nacimiento, el renacer de las nueve lunas <i>María Carolina Cifuentes (Colombia)</i>	32
El nacimiento de Deva <i>Sonia Gomez-Valades Morcillo (Cádiz)</i>	37
Luna menguante. Cuando normalizamos lo que no es normal	43
Loto de libertad [Ilustración] <i>Victoria Castiblanco (Colombia)</i>	43
Romper el silencio <i>Diana Sandoval (Colombia)</i>	44
Sobre irrespetos y otras violencias en el embarazo y el parto <i>Anna A. Miranda (Cataluña - Colombia)</i>	47
Luna oscura. Despedir y soltar	51
Tonantzin [Ilustración] <i>Victoria Castiblanco (Colombia)</i>	51
Una sonrisa al revés <i>Karonlains Alarcón Forero (Colombia)</i>	52
El cosmos de mi cuerpo (Reflexión) <i>Eliana Paola Castilla Parra (Colombia)</i>	54

Consulta otros números en
www.mujeresencirculo.org/Amaryi/
Allí también encuentras la convocatoria
vigente para el siguiente número.

www.facebook.com/amaryi.retornoalamadre/
info@mujeresencirculo.org

Amaryi

Gestación y alumbramiento

Este cuarto número es una pequeña ventana a los mundos de dieciséis mujeres que estuvieron embarazadas y dieron a luz, y cómo lo vivieron. Algunas nos hablan desde sus expectativas en los meses de gestación, sus dudas o sus anhelos, su mirada de lo que significa empezar a convertirse en madres, cómo vivimos ese tránsito y también cómo pretende la sociedad que lo vivamos, incluyendo, por supuesto, el gran portal del nacimiento. Aquí otras historias nos hablan sobre cómo parimos, cómo podemos parir, e incluso cómo nos obligan a hacerlo, a veces con dolor innecesario, a veces separándonos prematuramente de nuestras crías, y muchas de las veces sin preguntarnos por nuestros deseos y decisiones en circunstancias en que esto no se justifica.

Pero nos alegra incluir sobre todo relatos de gozo y libertad al parir, que nos demuestran que las mujeres, si nos permitimos confiar en nuestros cuerpos y en nosotras mismas y nos rodeamos de las condiciones óptimas para facilitar la labor, estamos perfectamente preparadas para parir sin necesidad de intervenciones médicas, incluso después de una cesárea previa. Y eso no significa que lo tengamos que hacer solas —aunque fisiológicamente bien podríamos hacerlo—; pero deberíamos ser libres de decidir a quién o quiénes deseamos mantener a nuestro lado en el momento del parto, sea nuestra pareja, nuestra madre, una partera o —si esto nos da confianza—, sí, también un médico. Lo importante es que se trate de una elección libre y no de una imposición.

Estos relatos de partos respetados y naturales nos muestran que otras maneras de parir y de nacer son posibles. Partos en los que las mujeres tuvieron la fuerza, la claridad y la libertad necesarias para decidir y hacerse responsables de cómo querían dar a luz. Partos en los que, a pesar de las dudas y la ruleta de pensamientos con los que la mente puede llegar a entorpecer el curso normal del

alumbramiento, esas mujeres tuvieron el acompañamiento y la contención suficientes para trasponer esos obstáculos y permitirse disfrutar la experiencia, vivirla intensamente y encontrar, más allá de la mente, en lo profundo de sus sensaciones, la sabiduría del cuerpo, que es capaz de parir aunque la mente crea que no. Parir no es un acto mental, y una mujer que se permita la libertad de entregarse al proceso en un ambiente cuidado, encontrará el camino para permitir que su cuerpo se ocupe de algo que aprendió a hacer por sí solo desde el alba de la humanidad.

Y como en el umbral de la vida encontramos también su reflejo oscuro, este número trae otros cantos, voces de mujeres que han tenido que despedirse, ya sea de los hijos que nacieron de sus entrañas, o de otros acompañantes de camino. No sólo gestamos y alumbramos hij_s human_s, nuestro útero también se puede embarazar de situaciones pendientes por resolver, y de esta manera manifiesta la extraordinaria sabiduría que tiene para sanar su propio linaje.

Todas estas voces nos muestran que hay muchas maneras de estar embarazada y muchas maneras de dar a luz. Cada mujer es un mundo y cada una debería ser dueña y señora de su propia manera de gestar y parir, sea un bebé, una comunidad o una idea. Así, si empezamos a escuchar otras maneras, quizás podamos entender que lo “normal” no es necesariamente lo que creemos.

Por eso te invitamos a que reflexiones con nosotras sobre estas cuestiones, en tiempos en que es urgente recordar lo que nos hace humanos. ¿Cómo estamos trayendo a las nuevas generaciones al mundo? ¿Cómo estamos apoyando a las mujeres gestantes? ¿Estamos confiando en ellas o les estamos quitando autoridad sin cuestionar siquiera por qué en las instituciones a las que normalmente acuden la última palabra sobre cómo debe ser cada embarazo y cada parto no la tienen ellas mismas? ¿Qué herramientas les estamos ofreciendo para que puedan decidir libremente sobre sus cuerpos y sus crías?

Anna & Sonia



Luna Creciente



Útero, por Sonia Ro (Bogotá, Colombia). Arte menstrual.

La medicina del embarazo, el parto y la maternidad

Del libro “Germen, crónica de un embarazo”

HAYDEE RAMOS, de Oaxaca (México)

Mes tercero

Madre, lluvia nos sobra
después de lamentar,
las decisiones están hechas.

Sobre la cornisa de la casa
vemos pasar a la señora
con sus flores en venta,
presurosa en la calle
para que no se le marchiten.
Nosotras somos ella,
siempre con nuestras manos
llenas de trabajo.

Tú no eres mi abuela,
ni tus ojos verdes diste en sacrificio,
los años inmaduros decidieron sobre nosotras.
No seré tú, ni tú mi abuela,
y mi hija será otra, una mujer,
que se escuche a sí misma,
con la libertad
que sacude el polvo
de las vírgenes muertas
para ser humana.

Mes octavo

Casi sales de casa.
La semilla deja la tierra en reposo,
después sentiré el escalofrío de la muda
y el eco que deja el vacío
cuando alguien se marcha.

Una vez que la puerta se haya abierto
celebraré la partida
con las cicatrices en el cuerpo
con la mente que se habrá derrumbado
ante el temblor.

Mi fuerza cerrará de nuevo cada puerta
recogerá mis piernas,
tatará mi pecho
hasta que vuelva a ser de madera
que se enreda en la tierra y cielo.

Nacimiento

Estás naciendo
y llora con estrépitos la carne,
rayos luminosos tu partida,
mis piernas gimen sangre
y la cabeza tibia danza la marea.

Estás naciendo de nosotros.

Vieja guerrera, anuncias la llegada,
suave con la corneta,
la jornada ha llegado a su fin
y a todos avisas,
prevengan sus brazos para acurrucarte.

No soy yo hablando.
Eres tú escribiendo,
la música del día 8 en que naces
mujer liebre infinito
luz a nuestros días.
Te anuncias en esta escritura.



Tu historia, nuestra historia. Historia de uno, de dos, de tres... El principio D

JUDIT LABERNIA REVERTER, de Barcelona (España)

La dualidad hecha experiencia, hecha vivencia

Ser o no ser.

Razón o intuición.

Planificación o deseo.

Estabilidad o cambio.

Rechazo o integración.

Nunca o siempre.

Una, mejor dicho unas dualidades llenas de matices que consiguen enriquecer la realidad de la maternidad, de la vida. El inicio de ésta antes de la vida extrauterina; punto marcado por algunas personas como el inicio de la vida. La vida como ser vivo, la vida como madre.

Hoy te escribo para narrarte, narrarme y narraros la vida antes del parto y algo sobre el trance cursado durante éste. La vida que precede al ser dos cuerpos separados. Nombrar una pizca de lo experimentado mientras en mi cuerpo habitaban dos corazones, el mío y el tuyo.

“¿Fue deseado o vino de improvisó?”, me preguntaban cuando ya había aceptado el cambio. El cambio de haberme convertido en madre gestante, el compromiso de acompañarte en tu recorrido por la vida. La aceptación de saberme madre hasta el fin de mis días, y la responsabilidad de integrar esto a lo largo de las distintas etapas vitales.

Yo me preguntaba, ¿por qué algunas personas equiparan deseo a planificación? Pues en nuestra historia tu llegada a mi útero no fue planificada, pero sí fue muy, muy deseada.

Fuiste un deseo compartido entre tu padre y yo. Un deseo que habitaba nuestros encuentros amorosos y sexuales. Un deseo que nacía del instinto y se alejaba mundos del raciocinio. En mi raciocinio faltaban —mínimo— cinco años, algunos estudios, muchos viajes e infinitas experiencias antes de tu llegada. No obstante, siento que algo más profundo aportó lo necesario para que te materializases en ese momento.

Después llegó nuestro momento —el de tu padre y mío—. El momento de encontrarnos y ubicarnos entre todos los matices de nuestras dualidades y, desde allí, decidir. Conociéndome, evidentemente primero racionalicé. Todo. Sin embargo, eso confrontaba toda mi planificación frente a mi profundo deseo. Una conversación con tu abuela materna me aportó justo lo que necesitaba: ir hacia adentro, mis adentros. Volver a conectarme con mis deseos y con mis pactos más internos. Mis pactos con la vida, los cuales sentía como justicia universal debido al propio inicio de mi historia. De mi historia de uno, de dos, de tres... de cinco.

Antes de aceptar mi deseo, el instinto, la sensibilidad energética o consciencia cósmica (la verdad es que no sé cómo llamarlo) me mostró tu llegada. En el éxtasis puro de un encuentro amoroso y sexual con tu padre viajé hacia el universo a través de constelaciones y galaxias. En dicho periplo visualicé una estrella de la cual salió un punto de luz azul. Al cabo de poco, el punto en movimiento se dividió en dos; tomando cada parte distintos caminos. Una de estas partes luminosas siguió una trayectoria directa hacia mí: entrando en mi cuerpo y devolviéndome a la cama junto a tu padre. Aún faltaban muchos días para la primera ausencia de la menstruación, pero a pesar de ello, yo sentía que ésta no haría acto de presencia. Tardé muchos más días en realizarme una prueba de embarazo, ya que mi raciocinio me llevaba a querer menstruar, a pensar que sería lo mejor, lo más fácil, lo que estaba en mis planes.

Después de ésta conversación con mi madre detecté la inminente necesidad de meditar, de hablar conmigo misma. Y en ese personal, íntimo y propio encuentro; reconecté y acepté.

Ya eras deseado, no solo por mí y por tu padre, sino que la mayoría de tu familia quería que llegaras —aunque nos respetaban y nos acompañaban fuera cual fuera nuestra decisión—; incluso alguna de mis amigas sintió nuestra felicidad y la compartió desde el comienzo.

Así pues, yo con 25 años y tu padre con 21, emprendimos el principio de nuestra historia.

Hijo de la vida que llegaste a través de mí, en esta vida realizamos muchos pactos. Algunos de ellos nos dan alas y nos conducen al florecimiento de la vida. Otros, quizá sólo en un primer instante, nos rompen nuestras alas y nos conducen al desvanecimiento, aparente, de la vida misma. Sólo puedo decirte que volviendo a tus adentros podrás decidir qué pactos quieres sostener y qué pactos necesitas soltar, independientemente de que te lleven a florecer o a desvanecer. Quizás, sencillamente, todo forma parte y es cíclico.

Bien, me gustaría contarte otro pacto previo a tu llegada. Este va de cómo quería que nacieras. Cuando tenía 17 años, después de ver durante varias semanas el programa de la cadena TV3 *Mares** y conocer las diferentes formas de nacer que allí mostraron, decidí que si alguna vez tenía hij_s quería experimentar un parto en casa. Este me transmitía ser el máximo exponente de la intimidad, la calidez, el respeto, la fisiología y el amor.

De ese deseo nació la decisión de buscar un espacio dónde compartir con tu padre, y otras parejas, el principio del viaje. Siguiendo esta línea llegamos a COS Cooperativa, un espacio repleto de gente con suma belleza y sensibilidad, la cual nos acompañó y/o transitó junto a nosotros parte de este inicio; compartiéndonos y transformándonos en madres y padres.

Éramos simplemente un grupo de gente con sus miedos e inseguridades, cada persona con las suyas, igual de propias y singulares que las historias que nos precedían.

Pero, principalmente, todas y todos llenos de AMOR por ese segundo corazón que albergaban nuestros úteros.

De todo lo que nos llegó a nutrir ese grupo (y hoy día sigue nutriéndonos), considero muy importante resaltar la flexibilidad que conseguí llevarme respecto al parto deseado. Flexibilizar mi pacto, soltarlo un poquito, para dar espacio a lo que para mí pasó a ser más importante: recibirte con gran cantidad de AMOR, fueran cuales fueran las circunstancias finales, disfrutándolo dentro de lo posible.

Seguir hablando de cómo experimenté tu vida intrauterina me daría para llenar páginas y páginas. Al igual que hablar de tu nacimiento, nuestro parto. Por eso resumiré tu llegada al mundo exterior en unas pocas palabras:

Cuerpo, fluir, humedad, sexualidad, calor (también frío), instinto, baile, deseo de silencio, ensoñación, no tiempo, no espacio, intensidad, potencia, explosión, aceptación (mejor dicho rendición de la mente al cuerpo, nuestros cuerpos), voz gutural, shock, suavidad, ternura, belleza cristalina, pureza, transparencia, profundidad, empoderamiento, la continuidad del principio D.

Nota a las personas lectoras:

Para mí es un gran placer estar escribiendo estas líneas después de cinco años de haber vivido todo lo narrado. Como habréis observado, está escrito dirigiéndome al hijo de la vida que nació a través de mí. Lo he decidido así ya que sin él este escrito no habría sido posible y, además, siento que merece ser el destinatario principal de estas líneas. Deseo que os aporten un pedacito de otras realidades y manifestaciones del florecer y desvanecer de la vida. Me desnudo de gran parte de mi raciocinio al hablar de lo que aún me es difícil de explicar. Muchas gracias por leerme, leernos y, quizás en parte, leeros. Recibid un cálido abrazo de útero, nuestro primer hogar. ✨

* Cadena televisiva pública catalana.

Útero, adentro

ROSS MIRA HERNÁNDEZ VELÁSQUEZ, de Bogotá (Colombia)

Mi cuerpo es tránsito vital. ¿Quién habrá percibido su cuerpo como su ruta y su brújula?

Mi cuerpo me habla y me cuenta historias guardadas en la piel, en las cicatrices, en los músculos, en la grasa, en los tendones, en las tripas, en el excremento... Está a diario susurrándome inéditos relatos de familia.

De niña, mis relatos aparecían en medio de las tardes sacudiéndome de miedo. “¡Loca, mamá! ¡Tengo miedo a volverme loca!”, le decía yo. Y ella, que ahuyentaba sus relatos con oraciones y montones de oficios sin terminar, apenas me decía tres palabras.

Hablaban mis huesos y mi carne, doliendo, inflamándose, pitando en los oídos y el cráneo; aturdida, corría a donde solo escuchara voces de la gente; reales, decía yo. No imaginaba cuánto de aterrador había en estas historias, contenedoras de llantos, maltratos, abandonos, asesinatos, violaciones, capsulitas de desamor pudriéndose como absceso nauseabundo metastaseando en mis órganos, mi cerebro, mi alma y mi amor propio.

Qué iba a imaginar yo que sería el producto de mi vientre quien pondría fin a tanta escapatoria. Cuando ella llegó, paré de correr, paré de huir... La pequeña hija llegó, porque él llegó antes. Cuando él llegó, yo no sabía de tanta podredumbre, él tampoco. De normales incomprendimientos estábamos hechos, de sintonías de miedos y terrores a un mundo inseguro. Digo que él me leyó inocencia, cuando en verdad yo era atragantamiento de pena; él vio en mi cuerpo de angustia solo un cuerpo virgen.

Y en radical huida de mí misma, en su espacio personal de su propia huida, me recibió y me atrapó con su tibieza; y yo me entregué, en abandono propio, a mi infantil manera, tan asustada como estaba y tan feliz de su resguardo.

Y pasaron casi veinte años, mientras me volvía una mujer en toda mi extensión social, entre dos pérdidas voluntarias de hijos, lo pasé ahí, y en esos años dejó de hablar mi cuerpo en sueños sangrientos de matanzas, dejé de despedazar personas a cuchilladas y de regar sus pedazos en los ríos de esos sueños... De vez en cuando punzadas en mis caderas, tras cortadas de estereotipados y sabios certificados curanderos, anestesia y fisioterapia, revivían la cadena de dolor bien recogida. Decapitación y despellejamiento de mujeres sabias, quemaduras de piel desnuda de una niña, pisoteadas y rotas caderas de una libertina mujer, mutilación de labios femeninos y el picadillo de la carne de mis congéneres del pueblo, de rato en rato, asomaban en la superficie de mi piel como quebrados eslabones de dolor mientras pasaba la vida, a cubierta. Intentando saber quién era yo, sin desprotegerme de su amor, sin desmerecer su protección, evitando escuchar lo que me raspaba los huesos...

Fue ahí donde mi útero se abrió, por tercera vez, y ella creció y, sospechando ya que el refugio era ahogo y mis fuerzas un impulso y mi deseo de amamantar un dictamen, vino ella, hija de las historias, a abrirme la puerta a mí misma. Ya sabiendo que la abuela no dio teta, quise —se me dio la gana—, orar y hacer bajar la leche que no quería salir. Ya remendados y quemados mis canales internos, asegurada mi cuota de reproducción, me fui con mamá que, desprovista de su propia maternidad, me acompañó lo mejor que pudo en estos meses de conexión con mi/la pequeña hija.

Yo no tenía ni idea de cómo cuidarla, no tenía ni idea de cómo cuidarme, pero sí de que quería que estuviera tranquila y amada. Proyectándome en ella, la quise proteger de

terrores presentes pasados, de la vivencia de mis relatos; yo, que pensaba en mi infantil camino de refugio prestado, quise fabricarle uno a ella para que tuviera lo que yo no tuve y, sin querer, le/me exigí un refugio feliz, una falacia. La protegí de lo que quise que se me hubiera protegido a mí, lo que por tanto tiempo yo no había oído de mí misma, que era el terror que me paralizaba y me hacía infeliz. Pero ella no era yo, y nadie da de lo que no ha tenido.

Y así, ella me hizo entrar y, entre amuletos y oraciones, y en compañía de algunas voces me llené de valentía y encontré lo descompuesto, las heridas malolientes. Y poco a poco empecé a limpiar, como mi bella hija me enseñaba, despacio, sin afán, sin huir; me miré de frente y escuché lo insopportable, lo guardado, lo tatuado en la médula, en los tejidos, en mis sueños, en mis pequeños y recogidos deditos de los pies; y realmente vi de qué estaba hecha y, visto eso, se aclaró el camino; lo peor estaba en mí y lo abracé, y así ando, viendo mis cadenas. No sé para ella qué vendrá, solo sé que lo que tengo para mí es un mundo interno reconocido...

A diario me ofrezco al día, desde mi dolor que es mi estilo de conexión, y mi voluntad que es mi puente de creación, con mirada sincera y compasiva del ser interno... Y agradezco al momento presente que viene con ella, que me ofrece alegrías y tesoros de sinceridad, de sanación, de resiliencia para esta existencia femenina, gracias a mi útero que la mantuvo y la trajo hasta mí, a este, mi quizás no tan bello, pero sí valioso mundo. ✨

Mujer mágica cocreadora de vida

MARTHA PATRICIA VELANDIA LEÓN
(Pattyvel), de Bogotá (Colombia)

Una preciosa semilla crece en mí

Hace dieciséis años fui Madre por primera vez. Mi proceso de gestación estuvo lleno de experiencias bellas; desde mi viaje a Bolivia, a un encuentro de medicina ancestral; la visita a la Janajpacha, un territorio de medicina de mujer; el recorrido a la Puerta del Sol, en Tiahuanaco. Sintíendome portadora de una semilla, fruto del amor que crecía en mí.

El precioso tesoro que me había elegido como su Mamá, se llamará Sathya Vanessa, nombre que elegimos con Carlos Hernando, mi compañero de camino. El nombre Sathya significa “Verdad” en sánscrito, y es la Guardiana de la Biblioteca Viviente de Alción, según la cosmología pleyadiana (los pleyadianos son seres de alta evolución que viven en las estrellas). El nombre Vanessa lo eligió Carlos, por una niña a quien Julio Iglesias en un concierto le cantó la canción *De niña a mujer*. Además, *Vanessa atalanta* es el nombre de una mariposa del Amazonas.

Para mí, la experiencia de tener un ser humano creciendo en mi vientre fue maravillosa. Desde el primer momento le hablábamos mucho; recuerdo que colocábamos una cajita de música encima de mi barriga. Yo experimenté las Danzas de Paz Universal durante los nueve meses de mi gestación, en una práctica semanal. En el primer trimestre recuerdo que tuve muchas sensaciones de náuseas, lo entendí como una respuesta a todos los cambios bioquímicos en mi cuerpo.

También me dieron antojos de frutas, empanadas y repulsión a ciertos alimentos.

Me encantaba cómo se movía mi bebé en mi cuerpo, sentir esos movimientos de acomodación de la pequeña. Me conmovió mucho ver su primera ecografía, al ver su cuerpo perfecto y su carita sonriendo.

Con Carlitos iniciamos un bello camino de espera a través de la Medicina Tradicional China (MTC). Un médico amigo, el Dr. Omar Escobar, nos hizo acupuntura desde los tres meses de gestación, luego a los seis meses y a los nueve meses.

También me apoyó el Dr. Mauricio Rey. Cuando iba a cumplir los siete meses de gestación me dieron el diagnóstico de que mi embarazo era de alto riesgo porque tenía las inmunoglobulinas muy altas. Llegaron los médicos alópatas a decir que yo tenía toxoplasmosis y me ordenaron unos antibióticos de alto espectro, que pueden dejar a los niños ciegos. Yo muy triste iba con mis exámenes a donde mis amigos médicos alternativos y ellos me devolvían la confianza.

Recuerdo que una vez Mauricio Rey me dijo: "Tú eres un bicho raro porque tienes las defensas más altas que otras mujeres, por el tratamiento de orinoterapia que hiciste hace un tiempo... No le hagas caso a mis colegas; entre más lejos estés de los médicos alópatas, mucho mejor".

Cuando llegó el momento de dar a luz a Sathya Vanessa, comenzaron las contracciones y mi esposo muy juicioso iba anotando cada cuánto me daban y cuánto duraban. Al principio eran muy desordenadas, después comenzaron a ser más seguidas y a durar más tiempo.

El doctor Omar Escobar, médico cirujano de la Universidad Nacional de Colombia, especialista en MTC y Homeopatía, era quien iba a recibir a Sathya Vanessa en la clínica de un amigo, porque yo era madre primeriza y, previendo alguna emergencia, para él era más confiable recibir a la niña en la clínica. Sin embargo, mi intuición me decía que todo

iba a salir muy bien. Nosotros queríamos recibir a nuestra hija en un ambiente más íntimo. Cuando llegó el momento fuimos al consultorio del Dr. Omar y todo se dio para que ese momento maravilloso de aterrizaje de Sathya Vanessa en la tierra fuera con tambores, mantras y Pipa de la Paz.

A pesar de que Sathya Vanessa se hizo esperar porque el cordón umbilical estaba corto y no bajaba pronto (según Carlitos, mi esposo, estaba ocupada saltando lazo), al final no reventé fuerte, pero ya tenía la dilatación suficiente. Entonces el doctor tuvo que ayudarme. Carlitos estaba pendiente de recibir en sus manos a Sathya, el doctor le había enseñado cómo hacerlo. Cuando estaba en el momento del alumbramiento, recuerdo que mi esposo se acercó a mí y me dijo: "Estoy viendo que se asoma la cabeza de Sathya; en la siguiente contracción nace...". Esa frase me animó mucho y me dio fuerza. Él la recibió en sus manos y fue como lo soñaba, que su primera mirada fuera ver los ojos de su padre. Luego Carlitos cortó el cordón umbilical y me la pasaron a mi pecho... fue una experiencia extrasensorial.

Después de una larga noche de espera nació Sathya Vanessa Díaz Velandia, el 17 de febrero de 2003, a las 10:45 am. Para



Gestando vida, por Sathya Vanessa Díaz Velandia

nosotros, seguidores del calendario maya, había nacido una Águila Galáctica Azul.

Tuvimos la oportunidad de guardar la placenta de Sathya Vanessa. La congelamos y, cuando ella tenía tres meses de vida, hicimos una ceremonia muy bonita para ofrendar a la Tierra esa casita que ella tuvo en mí. Así que con un ritual de Pipa de la Paz la sembramos en un tronco de la felicidad, un arbolito que nos había acompañado desde el inicio de nuestra vida en pareja... Fue muy bella esa experiencia porque siempre me he conectado con esa planta cuando la niña ha estado enferma o ha necesitado apoyo de los seres de Luz.

El viento que llegó a habitarme

Mi segunda gestación fue hace doce años. Recuerdo que para toda la familia, incluso para Sathya, era muy importante tener una hermanita. Nosotros siempre hemos tenido un altar en nuestra casa, y Sathya le pedía a Dios que le trajera una amiga para jugar y compartir la vida, y así fue. Cuando Sathya tenía tres años, comenzó a crecer en mi barriga otro ser humano, una pequeña que se llamaría Wayra Sofía.

Wayra quiere decir en idioma quechua “Viento”. Conocí ese nombre cuando visité Bolivia, incluso conseguí el libro *Cartas a Wayra*, un lindo texto en el que Chamalú, un hombre de sabiduría indígena, le da la bienvenida a su hija y le muestra un mundo maravilloso. Sofía quiere decir “Sabiduría”, viene del griego. Ese nombre nos gustó a los dos con mi esposo.


El Dr. Omar fue la persona que elegimos para que nos acompañara en el proceso de gestación y alumbramiento de Wayra Sofía. Durante todo el tiempo de gestación, estuve cuidándome con medicamentos homeopáticos.

Me encantaba cómo toda la familia consentía a Wayrita en mi barriga. Sathya me pintaba el estómago y siempre estaba pendiente de explicarle el mundo a su hermana desde afuera.

Recuerdo que cuando tenía seis meses de gestación hicimos un viaje en bus a la Costa Atlántica. Visitamos Puerto Colombia, Cartagena, Santa Martha y un lugar muy bello de meditación en Barranquilla. Fue tal vez una locura con esa barriga, pero siempre me sentí tan vital que hasta el último día en que Wayra estuvo en mí manejé carro y trabajé.

Esta vez fue diferente el tema de las contracciones. Me dieron muy suaves y un día me desperté y sentí que había reventado fuente, porque comenzó a salirse todo el líquido por mi vagina. Sin embargo, tuve tiempo de hacerme baños con agua de brevo, preparar el almuerzo, escuchar música relajante... Cuando las contracciones fueron más rítmicas y duraderas nos fuimos para el consultorio del Dr. Omar. Las contracciones iban incrementando, llegué con mucho dolor y ese día estaba de visita un Taita del Putumayo, quien tenía unas plantas que se llaman ‘wayra’. Y así, como un enviado de Dios, yo estaba acurrucada muy sensible, y cuando el Taita me pasó las plantas por todo el cuerpo fue mágico, porque sentí que era la mano de un ser de Luz que me llenó de tranquilidad y confianza, al punto que de inmediato di a luz a mi linda hijita.

Carlitos, mi esposo, estaba listo para recibir a su hija y cortar el cordón umbilical. Cuando nació, la miró a los ojos y quedó admirado de la energía huracanada del viento. Cuando me la colocaron en mi pecho, fue sentir la *magifestación* de la Vida en plenitud. El 17 de marzo de 2007, a las 4:30 pm., había nacido una Noche Magnética Azul.

También guardamos la placenta de Wairita y en esta oportunidad tuvimos la fortuna de realizar un temazcal de agradecimiento por la vida de la niña, y después sembrar la placenta en un árbol de sietecueros que la hermanita plantó. Al cabo de un tiempo ese árbol se secó y ahora está plantado un hermoso árbol de laurel, en la montaña de Tabio, en un territorio sagrado de medicina del Camino Rojo llamado Kinzá. 

Fragmentos a mi vientre, a ti que lo habitas

ANNA A. MIRANDA, de Barcelona (Cataluña) y Colombia

[Autora del texto y la imagen que lo acompaña]

12 de mayo, semana 11

Nosotr_s, tu papá y yo, empezamos a hablar de ti hace ya bastante tiempo; yo sentí al fin haber encontrado a esa persona con quien traerte a la vida, pero todo era a su tiempo.

Siempre todo estuvo impregnado de magia y, cuando decidimos llamarte, decirte que ya era el momento, que ya estábamos listos, la magia se puso de nuevo de nuestro lado.

Lo decidimos antes de mi cumpleaños número treinta, faltaba poco para el equinoccio de primavera, y sabíamos que ese era tiempo de siembra de semilla vegetal y humana, así que pusimos allí nuestra energía.

Soplé velas dos o tres veces ese cumpleaños, y tú eras el único deseo. Y allí, entre soplidos y apenas sin saber que podías llegar tan rápido, te concebimos.

Una semana más tarde, cuando yo creía que tenía que llegar mi luna –dentro de unos ciclos bien irregulares– íbamos a tomar remedio*, y le habíamos pedido al abuelo que nos lo rezase bien bonito, con el propósito de llamarte. Nosotros no lo sabíamos pero tú ya andabas allí, habitando, y en tu primera chuma yagecera –que estoy segura sirvió como aseguranza–, pudimos comunicarnos astralmente y l_s tres nos dijimos que realmente nos estábamos buscando.

* 'Remedio' es uno de los nombres que se le dan al yagé, una planta sagrada usada por los indígenas de Suramérica en ceremonias de curación.

Cuatro días después de eso era la tan esperada noche del equinoccio, esa noche de siembra de propósito, donde puse en palabras nuestro anhelo de sembrarte y, a la semana y media de tu gestación, tuviste tu segunda chuma, esta vez a base de chirrinchi, danza y cantos, tu segunda aseguranza.

25 de mayo, inicio del segundo trimestre

Tiempo de estar atenta, tiempo de abrazar la oscuridad y validar los sentimientos negativos, porque a una le hacen sentir que tiene que ver todo de color de rosa, pero para mí lo más liberador ha sido poder decir en voz alta “estoy hecha una mierda, me siento mal, me siento sola” y no sentirme culpable por ello.

Desde la cultura occidental es muy común oír: “Lo que tienes que hacer es distraerte, no pensar que estás mal porque, si no, estarás mal” o “¡Uy!, si estás tan cansada tendrás que tomar alguna pastilla que te levante el ánimo, porque no puedes dejar de hacer vida normal”; y desde la onda *new age* se oye todo el tiempo: “Lo que hay que hacer es gozarse el embarazo, porque es la etapa más bonita”. Pues yo digo: severo aprendizaje el embarazo, pero lo de “gozárselo” es relativo, y lo de hacer vida normal, también; es un momento de escuchar al cuerpo, porque trae mucha sabiduría. Yo me he sentido perdida y a ciegas dentro de la ilusión y la belleza entremezcladas con náuseas, mareos y tristeza. Y sí, agradecida con la oscuridad y feliz de autovalidarme en esos sentimientos en los que alcancé a sentirme una mierda.

15 de junio, semana 16

Mucho tiempo tuve miedo de no poder gestarte; y por más tiempo aún anhelé hacerlo.

Pero, al enterarnos, un entramado de cuentos viejos y nuevos surgieron... La familia que me gestó confrontada con la familia que estoy gestando. Todo un reto la situación.

Enterarnos, ver esas dos rayitas rojas en un pedazo de plástico, creo que supuso la mayor felicidad que yo haya experimentado nunca. Y luego, una bofetada de miedo me atizó; fue la primera, la de “corrobóralo con una eco”. Fueron unos seis días de suño silencioso. Sabía que estabas ahí, pero me daba pánico que no fuese así.

Creo que nunca oí, allá en el Viejo Mundo, en el Occidente hegemónico, aquello tan lindo que acá tanto me sostiene de: “Tú confía, todo está bien”. Y no digo que se me dijese lo contrario, no se me dijo “Todo está mal”, pero no hallé ese aliento contenedor.

Y seguí sintiendo miedos, en esa chuma tan tremenda del primer trimestre, escuchando juicios y opiniones que en momentos me hicieron creer que había enloquecido. Y eso nos llevó a la segunda eco, casi al cumplir tres meses de gestación; tú ahí, tan grande, fuerte, tan formado; y vino la tranquilidad de nuevo. Y reflexionando, luego, me di cuenta de que estaba necesitando esos medios que tanto rechazo en mi discurso y pensamiento para saber que todo estaba bien, para confiar, cuando lo único que necesito son los indicadores de mi cuerpo que me dan la certeza de que TODO ES PERFECTO.

“El cuerpo cambia, se prepara, vas creciendo en mis adentros y, aunque aún no sienta tus movimientos, te siento”.

27 de junio, semana 17

Me colmas de sabiduría... Tan fuerte es la sabiduría de la que empezaste a llenar mi cuerpo y mi espíritu, que noté tu presencia por una sed exagerada que llegó a mí. Yo no soy de beber mucha agua, me cuesta, puedo pasar días sin hacerlo y mi cuerpo no la pide, pero tú al llegar necesitaste de esa agüita de vida en la que derramarte y flotar; la que había no bastaba para ti, y me lo hiciste saber.



Madre territorio. Pintura con sangre.

Ahora no puedo pasar mucho rato sin beber agua, y además de estarte nutriendo e hidratando a ti con ella, también estoy desarrollando en mí un importante hábito, gracias a tu presencia.

“Mi solecito, mi lunita; la luz de mi vida; mi guía”

Llegaste poquito antes del equinoccio de primavera, con la fuerza de ese momento de siembra de semilla. Con el solsticio de verano sentí por primera vez tu movimiento, y tras un momento en el que me encontraba soltando miedos, limpiando el camino, en el último soplo de ese soltar, ahí te manifestaste, mágicamente, tú.

Y danzaste conmigo, en mi vientre, y cantamos junt_s, dando la bienvenida al Sol y a este nuevo ciclo. Así, caminando hacia la madre agua, vivimos el solsticio, y así tuviste tu tercera aseguanza. ✨

Luna llena

Crónica de un parto

La niña Monte

CAROLINA NERI, de Argentina y Colombia

Llegó en Luna llena. Después de quemar el miedo a la inmensidad de habitar la naturaleza, entre cerros azules y mariposas.

La niña Monte avisó con ráfagas suaves desde la mañana, cuando los colombianos palpitaban el último partido del mundial. Colibríes visitaban el abutilón mientras la mujer madre tejía llenando de rezos la espera.

La niña Monte pidió solo a su familia, el nido. Casa curtida de barro, la habitación donde la llamaron a este mundo, mientras su hermana dibujaba el paisaje del parir. Parir sin dolor, en la intensidad de la vida que se abre paso. Experiencia del alumbrar hecha cuerpo que no es historia de otras. Es ya de todas.

Poco más de tres horas le llevó cruzar el portal de la vida a la niña. Cuando el sol caía y la luna asomaba, vertical giro de la existencia.

En entrega, sin pujo. Todo sangre, memoria y vacío. Del vientre a las manos seguras del padre. Hasta reconocernos en una sola mirada. Acaso la más pura con Sacha, la niña Monte.



Mujer – Amor, por Victoria Castiblanco (Bogotá, Colombia).



Sabiduría, por Victoria Cañiblanco (Bogotá, Colombia).

El Gran Amaru: historia de nacimiento de la Serpiente Resplandeciente*

MARCELA VELÁSQUEZ CUARTAS, de Santa Marta (Colombia)

La llegada de mi hijo comenzó desde que la prueba de embarazo marcó positivo. Hemos transitado diversas estaciones y turbulencias, todas llenas de valiosos aprendizajes. Uno de los más importantes ha sido el nacimiento de Amaru, donde me reconocí como mamífera, abrazando el dolor en su inmensa sabiduría. Hacia las 2 am de un 31 de diciembre, mis aguas internas decidieron manifestarse, anunciándome que ya era la hora de nacer de mi hijo, y de mi renacimiento. Fueron 12 horas y 47 minutos de ires y venites. Amaru confió en mí y yo en él. Tuvimos nuestros ángeles de la guarda materializados en la partera y en una maravillosa doula, por quienes no tenemos sino gratitud.

Todo iba viento en popa, dilatación rápida, contracciones continuadas. Sentía que controlaba todo, que entendía todo. Cuando se confirmó que lo que faltaba era pujar, afloró mi niña interior: esa que le tiene miedo a todo, a la vida adulta, a decidir, a enfrentar el mundo. Llanto y lamento se mezclaron con las contracciones, que fueron haciéndose más espaciadas y, a partir de ahí, todo se pasmó. Fueron casi siete horas de bloqueo, de miedo, de no asumir que el dolor del pujo es totalmente intenso, fuerte, retador, pero sobre todo liberador.

Luego de que llegara nuestra doula retomé el rumbo; volví a dilatar y pedí que pasáramos de la sala a un cuarto de la casa. Ese espacio pronto la doula lo convirtió en una madriguera. Calor, velas, oscuridad y tres personas apoyándome para culminar el ritual de paso. Seguía sin la capacidad para conectarme con las contracciones y los pujos, sentía frustración cuando tocaba mi vagina y ella no estaba totalmente abierta. Cami (mi sostén y guerrero de este sueño) lograba ver parte de la cabecita de Amaru, pero la preocupación aumentaba, pues pasaban los minutos y yo nada que conseguía.

Mi cuerpo ya estaba cansado, pero en el fondo sentía que era capaz; solo necesitaba tiempo para creer en la mamífera que soy. Y sí, después de estar acostada me paré; la doula me sostuvo sobre sus hombros y yo me acuclillé. Pasaron por mi cabeza todas aquellas mujeres cercanas a mí que parieron, que gritaron, que se entregaron, y justo cuando dije que fuéramos a la clínica, comenzó la danza.

Siete minutos y tres pujos. Fue cuando pasé del lamento al grito de guerra, al grito de la vida para traer a Amaru. El primer pujo fue el preparatorio, el segundo fue el que me conectó con el aro de fuego. El tercero fue el grito del amor, del todo por el todo; el grito de la mamífera. Cerré mis ojos para sentir el dolor y sentir la fuerza de mi hijo nacer. Al abrirlos, Amaru estaba espaldas a mí. Lo abracé y estaba calientico por todo el líquido amniótico que lo acogió por treinta y nueve semanas; sentía el calor de mi útero, de mi raíz. La sangre la vi con felicidad, cantando ahora por la victoria de haber superado el miedo y permitirme transformar el dolor en valentía. 🐍

* *Amaru* es una palabra quechua que significa “serpiente resplandeciente”.

Aliento de Nacimiento, el renacer de las nueve lunas

MARÍA CAROLINA CIFUENTES, de Bogotá (Colombia)

[Autora del texto y las imágenes que lo acompañan]



12 de junio de 2017

Víspera del nuevo año andino, novena luna madre

Era una maravillosa noche iluminada bajo la sublime luz de la Luna llena, llegamos de hacer visita a la familia. Esa noche todas las plantas mostraban que algo estaba a punto de suceder; las flores, su cobertura vegetal y el tallo del árbol Tyhyky apuntaban su aroma hacia el interior de la casa; las vibraciones aromáticas indicaban la fuerza de la vida; los animales de casa también estaban con la calma y la concentración que se necesitaba, ellos silenciosamente aguardaban lo que ya se veía venir.

Un hermoso trabajo de parto estaba por empezar. El gato, inmóvil y concentrado en la puerta del cuarto, aguardaba en su infinita concentración sin quitar la mirada un segundo de la barriguita; ronroneaba en sincronía con las vibraciones aromáticas de las plantas. Toda la casa estaba impregnada

de esta esencia y así nos fuimos a dormir, aún sin saber lo que estaba a punto de empezar.

A las 1 am. Empezó un sutil dolor bajo, o más bien el Llamado... Tras este, pensé que era un "cólico muy bonito", suave para los anteriores. Este Llamado me conduce al baño a evacuar una y otra vez y permanecer con la sensación por un buen tiempo. Un dolor de espalda invade mi cuerpo, por lo cual regreso a la cama. Al acostarme la sensación aumenta y me manda al baño, a seguir con la misión de limpiar; sentía que mi cuerpo se estaba disponiendo. Vuelvo y me acuesto tratando de dormir, pero los dolores en la cama y en esa posición me hacen levantar y retornar al inodoro.

A las 3:30 am empiezo a caminar de un lado a otro; intento acostarme pero el dolor es insoportable. El constante ruido de la puerta del cuarto y del baño alerta a la futura abuela, quien confirma que han empezado las contracciones. Al reafirmar lo que pensaba me dispongo a caminar con David, compañero de vida y padre.

Y pensé: Ámbar se adelantó casi dos semanas, la Luna llena le hizo el Llamado. Continuamos caminando; esta vez contábamos las contracciones con un sonajero de Ámbar, ya próxima a nacer. Movía el sonajero cada vez que empezaba y más rápido cuando era más fuerte.

A las 7 am bajamos a la huerta. El brevo lucía las hojas y frutos más grandes en la historia del jardín; decidimos pedirle unas hojas para bañarme.

Pidiendo por supuesto a lo sagrado, a mi cuerpo, a mi útero y a mi hija, que concediera lo que por el tiempo de gestación había anhelado, con la sabiduría infinita y con el amor más profundo...

Nueve lunas para dar a luz, como mis ancestras doy a luz... Siembro la placenta, conecto a mi útero y doy a luz... Conecto a mi cuerpo y doy a luz, conecto a mi hija y doy a luz... Nueve lunas, nueve lunas para dar a luz...

Con este pensamiento hecho canción, nos bañamos con las hojas de brevo y sentimos un descanso, un nuevo aliento, una renovación de fuerza, ya que tras cada contracción el cuerpo se debilita. Pero esta debilidad se transforma en fortaleza.

Seguimos caminando, las contracciones continuaban y tras cada dolor me decía: transformo este dolor en amor, porque ya vas a llegar; bienvenida, Ámbar, te esperamos con anhelo...

Luego, entre camino, música, canto y respiración me fui tranquilizando, relajando y trabajando.

8 am. Decidimos llamar a la abuela Blanca, quien iba a orientar el parto, pero para nuestra sorpresa no se encontraba en la ciudad. Llamamos a Diana, a Sofía, a Sayari, a Sandra, a Daniela y a todos los que iban a estar presentes físicamente, porque desde luego eran muchos más quienes acompañaban desde su espíritu.

9 am. Seguía caminando, luego de haber expulsado el tapón mucoso; algo salía de mi vagina. Diana llegó y me dijo que era membrana de la bolsa; por un momento se pensó que Ámbar estaba muy arriba. Seguimos caminando con David; él me tomaba de las manos y a cada paso con su sostén me ayudaba a seguir...

Las contracciones ya no eran tan seguidas, lo que hizo alertar a la abuela y a Diana, pensando que nos habíamos pasmado. Aunque ya no sonaba el sonajero de Ámbar tan constantemente, cuando sonaba era muy rápido, porque cuando llegaban sentía una sensación de un pujo que venía de lo más profundo de mi cuerpo.

10:20 am. David me preparó una aromática de brevo que me tomé con todo el amor del mundo y seguí caminando. La colchoneta y las sábanas estaban listas; sin embargo, las contracciones se hicieron más lentas y la familia bajó a desayunar. David me acompañó unos minutos más y luego bajó.

Quedé en un instante sola, pero en el fondo sabía que muchos y muchas estaban ahí —por supuesto— con lo sagrado. Me dieron unas ganas de subirme a la colchoneta y ponerme en cuclillas; de igual forma el cansancio me lo pedía...

10:45 am. De pronto una contracción como ninguna llegó, unas ganas intensas de hacer del cuerpo, unos cólicos conectados y unas ganas de pujar que correspondían a ello... De pronto la fuente se rompió, el agua brotó y una sensación placentera, alivante, me invadió. Con ello la cabeza de Ámbar se asomó; en ese momento entra David... Yo le grité: "¡La cabeza!"; él gritó: "¡Diana, la cabeza!", y todos subieron rapidísimo. David la recibió, Diana la tomó y Sofía la ayudó. Sentía que debía pujar nuevamente y recordaba los consejos de abuelas dados en Transmilenio, indicando cómo debía pujar. En ese momento pujo y así fue, sin abrir la boca hago otro pujo y el cuerpo salió. Ella nació con la tranquilidad y serenidad del vientre. Mientras que la familia, perpleja por lo que sucedió, la contemplaban una y otra vez.

Tan pronto nace llega Sayari, luego Sandra y Daniela.

Me pasaron a Ámbar... Yo no podía creer que en ese instante mágico, devorador, iba a nacer mi hija, y nacimos como familia. Una fuerza bendita entonces se apoderó de mi cuerpo; mi esencia de mujer con su inmensa fuerza y legado salía a resurgir. Parí como las ancestras y con las ancestras, porque a cada una de ellas las reivindicó.

Diciendo ¡sí hay otra forma de *par-ir!*

Par-ir conectando el vínculo *wawa-mama*, bebé-madre.

Par-ir sabiendo que cada mujer tiene la sabiduría necesaria para asumir su parto.

Par-ir a favor de la gravedad y respetando las posiciones de elección.

Par-ir honrando cada instante del proceso y respetando las decisiones de este.

Par-ir honrando a mi hija, a la placenta, a lo sagrado,
sanando mi cuerpo y mi ser para recibirla con la luz que ella
vino a traernos a todos...



*Ámbar, son pocas las palabras para
descubrir lo que vivimos dentro de esa
barriga... el universo que hicimos dentro,
la complicidad en cada instante, la
sonrisa precisa, la lágrima expandida,
el renacer como mujer y como familia.*



El nacimiento de Deva

SONIA GOMEZ-VALADES MORCILLO,
de La Muela, Vejer de la Frontera (Cádiz)*

[Autora del texto y la imagen que lo acompaña]

Aquí nace Deva, con salud, consciencia y amor... Ésta era la afirmación que repetía diariamente con el fin de pedir al universo un deseo, mi deseo... el deseo de experimentar lo que otras tantas mujeres habían experimentado y que yo había acompañado: el deseo de parir.

Mi primer hijo nació por cesárea. La posible causa fue una mala posición de su cabecita, debida a que la forma de mi matriz (útero bicorne) impedía una postura favorable para el parto. Tras haber tenido contracciones desde la semana 26, al final éstas se detuvieron y pasamos las 42 semanas de gestación, pero el parto no se inició, por lo que se procedió a la cesárea.

En mi segunda gestación, aunque había transitado por muchos cambios, mi matriz seguía con la misma forma, por lo que las posibilidades de que nuestra hija naciera por vía vaginal eran escasas. Su cabecita no lograba entrar en mi pelvis y su cuerpo no se alineaba longitudinalmente con el mío para poder nacer. Con el paso de las semanas íbamos perdiendo la confianza de que pudiera ser un nacimiento a través de mi vagina. Llegando al final de la gestación, me hice a la idea de que mi hija nacería por cesárea... Todo así lo anunciaba.

Lo único que deseaba entonces era que al menos mi cuerpo se pusiera de parto, con el fin de que Deva supiera que iba a

* Sonia trabaja como comadrona y ayuda a otras mujeres a parir en casa de manera respetada, libre y consciente. Publicó originalmente este texto en su blog *Nacimiento Consciente* (<http://nacimientoconsciente.com>).

nacer y evitar así una cesárea programada en la que los bebés son extraídos de la matriz sin previo aviso y “sin permiso”.

Domingo 15 de enero, 3 am. Noto una contracción intensa, que no es como las que hasta ahora había sentido. Mmmm... ¡bien! Más, quiero más... Y vinieron más, durante toda la noche. Podía ver también otros cambios que se iban produciendo: mucho moco en mi vagina, mezclado con hilos de sangre y muchas ganas de orinar. Y esta vez no eran en otra mujer, estaba pasando en mi cuerpo. Por fin estaba experimentado eso que explicamos a otras mujeres como pródromos* de parto.

9:30 am. Nos levantamos todos en la casa y nos reunimos para desayunar. Yo tengo que parar de vez en cuando y esperar a que pase la contracción. Las llevaba en silencio, tranquila, sin crearme aun lo que estaba pasando, pero mi naturaleza profunda estaba comenzando a despertarse. Mi mente traicionera me decía: “Si tienes hambre, es que no es parto”.

Tenía mucha curiosidad de saber si también en el cuello de la matriz había cambios, y le pedí a Rafa que me explorara. Y así era... ¡el cuello se había modificado! ¡Alegría! Se empieza a despertar en mí una ilusión. Deva se mueve, la siento, la tengo presente, la animo, vamos juntas... Mi cuerpo se había puesto en marcha. Para mí era ya todo un éxito, era lo que deseaba. Fuera como fuera el parto, al menos Deva ya estaba sintiendo que su nacimiento estaba cerca.

Pasamos la mañana tranquilos. Rafa con los preparativos: mantenía la casa calentita, revisó nuestro equipo de parto, cuidaba y jugaba con Omar, avisó a nuestros vecinos, preparó la furgoneta para el posible traslado y de cuando

* Los pródromos de parto son signos que anuncian que el momento del parto se aproxima. Son variables en cada mujer, en algunas pueden tener lugar un par de semanas antes mientras que en otras se presentan apenas unas horas previas al nacimiento del bebé.

en cuando pasaba un ratito conmigo, aunque yo sentía la necesidad de estar sola.

Ese día comíamos más temprano de lo habitual, una buena sopa de fideos con garbanzos. Yo voy dando de comer a Omar, mientras con la mano golpeo rítmicamente la mesa durante la contracción, como quien acompaña a unas bulerías...

Permanezco en el salón haciendo vida familiar/social, pero el cuerpo me pide recogimiento y me voy para la habitación. Hago pipí muy a menudo, pero no siempre voy al baño sino que lo hago en las empapaderas que he puesto en el suelo. Todo un placer... Hago pipí durante la contracción porque mi intención es relajar tanto el periné, que me lo hago encima... Estoy soltándome, abriéndome, entregándome al placer de la desinhibición...

Durante la tarde Rafa pone algo de música que escucho desde la habitación. Él entra de vez en cuando y, con prudencia, pregunta y me toca con ánimo de masajear... A veces me apetece el contacto, a veces no...

Sentada, a cuatro patas, de pie... apoyada en la mesita de noche y frente a un espejo es para mí la mejor postura. Además así puedo contemplar el dibujo que hice hace unos días, con Deva recién nacida, y repetir mi intención: *Aquí nace Deva, con salud, consciencia y amor. La Muela* (el lugar en el que vivimos).

A las 5:30 pm. miré el reloj y recuerdo que me pregunté: ¿habré dilatado más? Sentía la cabecita de la niña



alta, fuera de mi pelvis, y la contracción la seguía notando por encima del pubis. Mi mente esperaba cambios, y yo seguía contenta con la llegada de cada contracción... Como esto se planificaba para largo, comento con Rafa que estaría más tranquila si llamáramos a su madre, para que se encargara de atender a Omar. Él, de dos años, sabía lo que estaba sucediendo, ya ha estado en muchos nacimientos. Pero esta vez quien paría era su madre, y quien nacía, su hermana.

Rafa me exploró sobre las siete de la noche y el cuello había dilatado a 6 o 7 cm., pero la cabecita seguía alta... Fue después de esto que sentí la necesidad de llamar a nuestra matrona. Queríamos compartir con ella la decisión de cuándo irnos al hospital (si era necesario), y yo quería que Rafa me acompañase como pareja-padre, más que como comadrona, aunque es muy difícil separar...

Yo seguía tumbada en la cama. De repente noto con una contracción cómo sale líquido de mi vagina. Calentito y gustoso lo siento resbalar por mi entrepierna... ¡había roto la bolsa! Y ahí estaba el líquido clarito, abundante, con restos de sangre, un cambio más. Todo anunciaba que íbamos por buen camino, pero mi cabeza no lograba creer que fuese cierto. Las contracciones disminuyeron y noté cierto "reajuste", sentí cierta descarga, menos molestia, me sentía más ligera, pero sobre todo más contenta.

Omar y su tío Jose se fueron a dar un paseo. Llegó Claudia, nuestra comadrona. Ella ofreció cambiar de escenario y salir al salón. Allí me di un baño de pies calentito, con esencia de limón. Al calentar mis pies, las contracciones cogieron más fuerza y un ritmo más regular y frecuente. Venían y venían, y yo caminaba del salón al pasillo, sintiendo la fuerza de mi vientre... sentía que aquello era imparable.

A las 9:30 pm una nueva exploración. Por el abdomen la cabecita parecía que había entrado en la pelvis. No olvidaré la cara de asombro de Rafa cuando palpó que había bajado.

Por vagina había unos siete centímetros de dilatación y la cabecita, aunque alta, efectivamente estaba dentro de la pelvis. Mi cuerpo entero estaba de parto, y funcionaba bien... salvo mi cabeza. Ella se resistía a creerlo...

Vino entonces un momento de miedo: "No voy a poder", "Si va a ser cesárea, ¿cuándo nos iremos?", "¿La niña estará bien?", y miles de preguntas más... Pero pude expresarlo, hablé de mis miedos y lo que recibí de Rafa fue: "Son solo pensamientos. No te dejes llevar por ellos, conéctate con tu respiración y con Devita". Y eso fue bastante para dejar el miedo atrás...

Sentada en el sofá, le pedí a Rafa que preparara la piscina. El agua caliente podía distanciar un poco las contracciones, y descansar un poco más entre una y otra. Movía mi pelvis y respiraba las contracciones, mientras escuchaba de fondo los ruidos que Rafa y nuestro vecino hacían preparando la piscina. En algunas contracciones notaba que si pujaba sentía alivio.

Al ponerme de pie, sentí perfectamente su cabecita en mi vagina, y me dejaba llevar por el pujo que se adueñaba de mí con cada contracción... *Abre... Pasa... Deva... Ahí, Devita de mi corazón...* Cantaba, tarareaba, como un mantra que resonaba en todo nuestro cuerpo. Mi garganta cambia, mi voz es otra, sale desde lo más profundo, fuera de todo control... Hay armonía.

Yo de pie, nuestra comadrona desde el suelo se asoma a mi sexo y dice: "Mmmm, muy bien..., la vulva se entreabre". Por mis piernas chorrea sangre, sangre que yo sé que es del cuello uterino, de dilatar los últimos centímetros... Señal de que falta poco para el nacimiento. Noto presión en mis espaldas, puedo sentir y visualizar con precisión a qué altura se encuentra su cabecita...

Encima de nuestra querida alfombra que compramos en Marruecos me arrodillé... Frente a mí estaba Rafa, que decía emocionado: "Sonita, ¡vas a parir a nuestra hija aquí, cariño,

en casa!”. Tenía sus pupilas dilatadas, sudaba. Detrás de él, el fuego de la candela.

Toqué su cabecita en mi vagina, muy próxima a la salida. Pedí un espejo, necesitaba verla, y ahí estaba... Deva ya asomaba, su cabeza coronada por mis labios, una imagen preciosa, y estaba sucediendo en ese momento, en nuestros cuerpos...

No tengo prisa, quiero que se deslice suavemente y despacio...

Con unas compresas mojadas en agua caliente se me alivió el tremendo y triunfador ardor que sentía en mi periné... Ese calor anunciaba la salida casi inmediata de la niña. No empujo, solo con la fuerza de la contracción de mi matriz, su cabeza se desliza... Uaaaa... Los hombros salieron con la siguiente contracción...

Rafa la recogió y, con la ayuda de Claudia, me la pasaron entre mis piernas. La sentí calentita, la sentí bien... ¡Ay, mi niña...! No me lo podía creer... La pegué a mi pecho y nos tumbamos en el sofá. Todavía físicamente nos unía el cordón, que notaba entre mis piernas con un fuerte latido. Así pude ver mejor su rostro...

Sentía amor, plenitud, descanso... otro estado de conciencia. Estábamos viviendo el acontecimiento más importante de nuestra hija, su nacimiento, y estábamos tranquilos, en nuestro centro, con conciencia, y en nuestra casa...

Al poquito, tras la salida de la placenta, entró Omar a conocer a su recién nacida hermana Deva, con su querida abuela Carmen.

Deva había nacido en nuestro hogar con salud, consciencia y amor.



Luna menguante

Quando normalizamos lo que no es normal



Loto de libertad, por Victoria Cañiblanco (Bogotá, Colombia).

Romper el silencio

DIANA SANDOVAL, de Bogotá (Colombia)

Crecí escuchando que cuando vas a parir es mejor “portarse bien” para evitar recibir malos tratos. Era una idea que sinceramente me angustiaba, pues nadie desea ser ultrajado y menos en un momento tan trascendental y ante tal estado de vulnerabilidad como lo es el parto. Por algo incluso nuestras abuelas —aunque se nublen muchos de sus recuerdos— con recelo resguardan en sus mentes las memorias de sus partos.

Con Victoria supe que si mi cuerpo la había gestado también tendría la capacidad de parirla. Cuando llegó el momento esperé a tener contracciones lo suficientemente intensas para acudir a la clínica. Aunque el dolor cada vez era más fuerte me sentía tranquila, pues mi compañero de vida se encontraba a mi lado y eso me generaba cierta paz.

A las tres de la mañana tuve que despedirme de él, pues era hora de ingresar a la sala de trabajo de parto... Y lloré, lloré por adentrarme hacia lo desconocido con desconocidos, lloré por no tener a nadie sosteniendo mi mano, lloré por no oír una voz familiar dando una palabra de aliento, lloré por tener que quedar confinada y casi inmóvil en una camilla angosta sin saber por cuánto tiempo, lloré de soledad. La mamífera primitiva sintió miedo.

Tan pronto ingresé, la enfermera que me recibió me dijo que el ginecólogo llegaría después de las seis de la mañana. Cuando le pregunté qué sucedería si mi bebé nacía antes me respondió con burla y como si ella conociera más mi cuerpo que yo misma: “¡Noooo, mamá, usted todavía se demora!”

Pasaban las horas y aunque cada vez me sentía más fuera de mí, me repetía como un mantra: aguanta... ¡aguanta, que no quieres que te hagan daño! Sentía mucha sed y pedí

agua. La respuesta que recibí fue: “¡Para eso tiene suero!” (estaba canalizada). A las seis de la mañana y con nueve centímetros de dilatación me rompieron la bolsa amniótica, sin tan siquiera saludar, preguntar o informar... La misma enfermera, sorprendida de que hubiera dilatado “tan rápido”, me dijo: “¡Uy, mamá, ahora sí esto se va a poner bueno!”. Como si mi ausencia de quejas le molestara y la impulsara a desafiarme. En ese momento nada podía hacer yo para defenderme o defender a mi cría, pues estaba sola y a total merced de mis custodios. Simplemente aguantaba con resignación, pues cada vez estaba más cerca de tener a mi bebé en brazos, y en ese momento era todo lo que importaba.

Pasaron dos horas más y decidí pujar ahí, sola y acostada en esa camilla angosta, pues sentía que ya no aguantaba más. Llegó el ginecólogo, me revisó y me llevaron rápidamente a la sala de partos. Allí me indicaron cómo pujar y cuándo hacerlo. En unas tres contracciones más mi hija ya había nacido.

La pusieron sobre mi pecho para limpiarla y mi pequeña hija lloraba con desespero. Cortaron el cordón umbilical inmediatamente. Sobre mi pecho estuvo por cerca de escasos dos minutos. Parecía que fuera una carrera contra el reloj o desearan romper su propio registro personal del bebé que han aspirado-limpiado-medido-pesado-inyectado-vestido más rápido.

Se la llevaron y me quedé sola, sin la persona que había sido una conmigo por nueve meses. Sólo la oía llorar y los médicos y enfermeras comentaban los buenos pulmones que tenía.

Mientras me suturaban la episiotomía me preguntaban si había sido mi primer parto, porque me había portado muy bien; las demás parturientas que se encontraban allí se sorprendían de que mi bebé ya hubiera nacido y no me hubiesen oído chistar. Había sido una “niña buena” y por eso me felicitaban. Yo, equivocadamente, sentí orgullo.

Pasaron los minutos más largos de mi vida esperando poder abrazarla. No recuerdo con claridad cuánto tiempo pasó, pero calculo que fue alrededor de una hora. La hora más importante, según la OMS, para empezar con pie derecho la lactancia.

Finalmente me llevaron al reencuentro de mí cría y nos quedamos en la misma sala de trabajo de parto mientras encontraban una habitación disponible para la “recuperación”.

Oía a una mujer lamentando: “¡Ayuda, doctora! ¡Ayúdeme, señorita! ¡Me duele mucho!”, pero simplemente la ignoraban. Mientras tanto yo intentaba desesperadamente despertar a mi hija para que se prendiera a la teta y bebiera el tan preciado calostro u oro líquido. Ella había caído en tal estado de somnolencia que cuando lograba despertarla y ponerla en el pecho no succionaba y de nuevo quedaba profunda.

Dentro de un mes habrán pasado tres años desde mi primer parto y es una de las experiencias que más me ha marcado. En estos casi tres años me he cuestionado sobre lo que normalizamos como mujeres y como sociedad con respecto al nacimiento. Todas deberíamos decidir con conocimiento pleno cómo queremos que sean nuestros partos y cómo queremos darle la bienvenida a nuestras crías, que se nos respete, que no nos vendan la idea de que necesitamos ser salvadas del parto; más bien que nos acompañen con amor y respeto en la ceremonia del nacimiento.

Me pido perdón a mí, a mis hijas, a mis antepasadas, a las mujeres que hoy están pariendo y que mañana también lo harán, por haber normalizado la violencia obstétrica y con mi silencio haber silenciado ese rugido poderoso y mamífero que no debía ser contenido.

4 de diciembre de 2018



Sobre irrespetos y otras violencias en el embarazo y el parto

ANNA A. MIRANDA, de Barcelona (Cataluña) y Colombia

Hoy me encuentro gestando... Gestando el proceso de formación como partera, que inició hace medio año, y gestando una vida humana en mi vientre desde hace tres meses y medio. Hoy me encuentro, pues, en un doble posicionamiento: por un lado de partera en formación, esa que anhela una manera de nacer respetuosa y natural como una opción en expansión y, por otro, de futura mamá, que en cualquier momento puede verse en manos de la institución y a quien eso le aterra.

Vivimos en un sistema que todo lo mecaniza, lo homogeniza y lo mercantiliza. Y no es menos con los nacimientos, y mucho menos con los cuerpos de las mujeres. El sistema hace eso y la ciudadanía, aplacada por el consumo, el afán, la escasez económica, el hambre y el miedo, simplemente lo normaliza.

Yo vine a entender de violencia ginecoobstétrica y de derechos sexuales y reproductivos acá en Colombia. Aquí vine a enterarme de esas barbaridades que se les dice a las parturientas si no están calladitas y se portan como niñas buenas (“Bien que abrió las piernas cuando se lo hicieron, así que ahora no grite”), o de que el padre o acompañante no puede estar durante el parto y todas esas cosas que me parecían tan locas. Por mi cabeza pasaban frases como: “Cómo me duele pensar que en España estas cosas no pasan”; pero ahora con más indagación y reflexión sobre el tema puedo decir que sí, sí suceden.

Recuerdo cuando mis hermanas narraban sobre sus partos y ambas hablaban de la episiotomía de rutina como ese procedimiento básico que más vale que te practiquen a no ser que quieras morir desangrada. Lo decían con tranquilidad y normalidad, porque nos hicieron creer que era necesario.

De donde yo vengo (España), lo natural solo está bien visto cuando es complementario, pero la productividad supera toda necesidad del cuerpo, el ser y sus sentires. Así pues, una mujer gestante, como no es una enferma (¡y obvio no lo es!), debe trabajar y rendir al mismo nivel que cuando no gestaba y, después de parir, aunque no deba ir a trabajar debe hacer “vida normal”. La que no lo hace así es demasiado débil o una mujer que se queja demasiado, al parecer. (Es curioso pero a pesar de esta sobrenormalización del embarazo, el momento del parto sí se patologiza tratándolo como una “urgencia médica”).

Pues, sinceramente, yo no me considero una mujer débil; pero ahora lo que necesito es descanso, tranquilidad, un ritmo más pausado, llanto, consentimiento, abrazo y escucha, y en algunos momentos quejarme mucho y decir: ¡No puedo más! Y me siento afortunada y bendecida de poder permitirme esto y, aunque cada mujer tiene su propia realidad, me parece un irrespeto hacia la mujer y su cuerpo gestante que esto no suceda.

En general, vivimos en una sociedad en la que nos dicen todo lo que tenemos que hacer, como si no fuésemos sujetos de derechos, como si no tuviésemos autonomía y capacidad de decidir, como si no fuésemos diversas y cada una se viviese los procesos, y el placer de los mismos, de manera diferente. Nos dicen cómo vivir el embarazo, dándonos montones de suplementos farmacológicos, haciéndonos pasar por exámenes —independientemente de nuestro historial médico—, haciéndonos parte del sistema, al que le tenemos que otorgar derechos sobre nuestros cuerpos, y quedamos

desde ese momento bajo su control. Nos dicen cómo parir; debemos hacerlo acostadas porque al obstetra le queda así más fácil; si nos quejamos, se nos regaña; si tenemos un plan de parto “exigente” de nuestro respeto, se nos mira con tedio. Nos dicen cómo tenemos que criar desde el mismo segundo en el que nuestro bebé nace, a quien se le separa de la placenta sin siquiera haberla parido aún, y todavía latiendo el cordón. Y desde ese momento se nos fuerza a inyectar fármacos a nuestr_s pequeñ_s y se nos tacha de “malas madres” en caso de no hacerlo.

Creo que el campo de trabajo para ir transformando todas estas desagradables realidades es totalmente interdisciplinar, no depende tan solo de la formación inicial que se da a los profesionales de la salud que atienden en las instituciones, si bien eso sería todo un logro —teniendo en cuenta siempre que también hay profesionales buenos, humanos, sensibles y con tacto—. Pero el reto, en mi opinión, es mucho más amplio: pasa por padres y madres, docentes, industria de la moda, industria del sexo —porque lamentablemente el sexo también tiene su industria y con pésima incidencia en la salud—, pasa por todo aquello que hace que crezcamos normalizando no solo la violencia hacia los cuerpos de las mujeres, en todo ámbito y sentido, sino la violencia que implica para tod_s la sobremedicalización, la mala alimentación, la violencia intrínseca en las relaciones de poder que se da a todo momento en el cotidiano, etc.

Es decir, hablando desde lo concreto y desde el campo de la gestación, el parto y la maternidad, creo que toca ir a los barrios, a las veredas, a los pueblos..., hablar con los padres y madres, generar conciencia sobre nuestros cuerpos, devolver la naturalidad a nuestra fisiología, hacer mucha

* Un plan de parto es un documento en el que la mujer embarazada plasma sus deseos, preferencias, expectativas y necesidades concretas, dentro de lo posible, con respecto a la atención que quiere recibir en el momento en que vaya a dar a luz.

pedagogía con las niñas desde antes de su primera gota de sangre menstrual. Y todo esto no desde visiones profilácticas y técnicas en donde está “el que sabe” y “la que no sabe”, sino desde el compartir de saberes, desde el diálogo horizontal, desde la realidad, el contexto y la cercanía, valorizando los saberes tradicionales de cada comunidad y brindando herramientas verdaderamente necesarias, no generando necesidades a mamás y parteras, sino más bien acompañando su sabiduría, si es que fuera necesario.

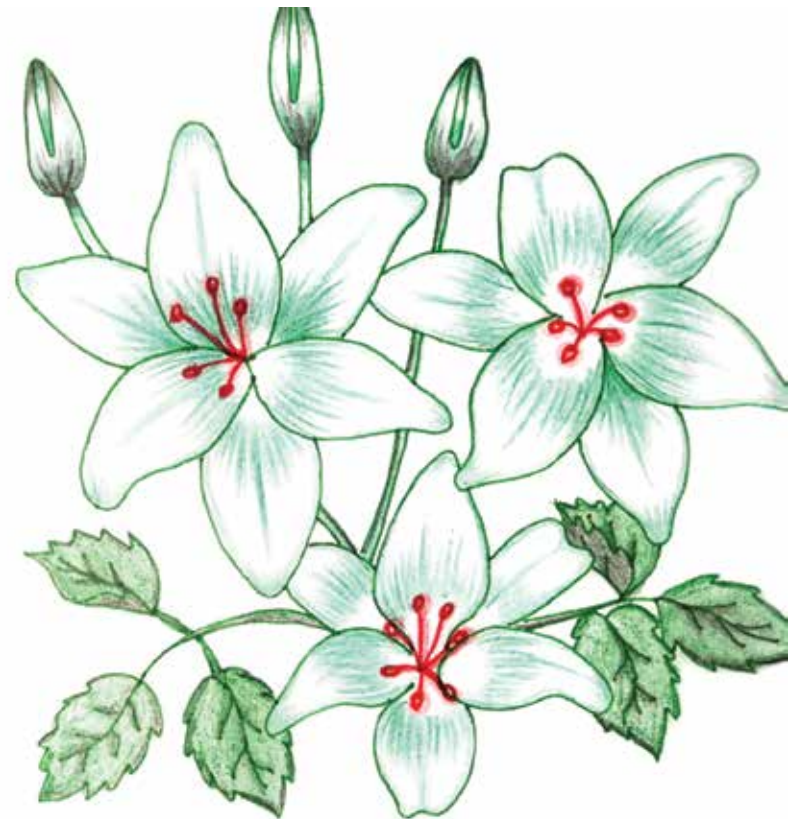
Y si inicié diciendo que me encontraba en un doble posicionamiento, tengo la certeza de que ambas, la partera en formación y la mamá gestante, son dos mujeres que se complementan y se nutren, se empujan una a la otra a caminar esta medicina del nacimiento sabiendo que tanto partear como parir de manera respetuosa y natural, hoy, son actos políticos.

La joven mujer que se conció de que los procesos fisiológicos de su cuerpo, tales como la ovulación y la menstruación, se veían truncados por las industrias farmacéuticas y de higiene —entre otras—, fue la que se animó a trazar esta ruta de vida y decidió que al llegar el día de parir lo haría así, en conciencia y amor. La partera en formación reafirma a esta mujer ahora gestante; la gestante, más que nunca, ve la necesidad de caminar por los derechos de las mujeres y contra toda violencia hacia ellas. 🐾

Amaryi es un llamado a unir nuestras voces, mujeres; a unir nuestras expresiones sobre el propio cuerpo, sobre nuestra feminidad, nuestros fluidos, nuestra maternidad o la gestación de nuestros sueños e ideas, nuestra propia gestación, nuestro placer, nuestra sexualidad y nuestra belleza, que nacen de explorarnos y sentirnos, de crear desde nuestros úteros y nuestra sangre.

Luna oscura.

Despedir y soltar



Tonantzin, por Victoria Cañiblanco (Bogotá, Colombia).

Una sonrisa al revés

KARONLAINS ALARCÓN FORERO, de Bogotá (Colombia)

Para Katherine, mi hermanita.

Bien dicen que los padres no deben sobrevivir a los hijos. Es antinatural tener que ver el féretro del que una vez acunaſte, al que le tomaſte la temperatura, el que calentaba tus noches. Ser obligada a observar cómo lo meten en esos cubículos de cemento helado, en ese sepulcro que no cobija. Mi hijo siente frío, lo sé en mis entrañas, por eso le canto sus nanas favoritas, con las que me regalaba esa sonrisa de encías que tanto amé. Canto cuando tiendo la ropa y encuentro su medicita perdida; canto cuando barro y un juguete extraviado asoma su presencia; canto cuando siento que me voy a hundir, cuando recuerdo las últimas horas a su lado, en el frío del hospital, rogando que alguien me prestara atención; canto para que la brisa le entregue mis caricias allá en donde reposa.



Por Ajonjolí Azul (Bogotá, Colombia).

Sé que el padre sufre, pero él está lejos; no tiene que vivir con ese fantasma en una casa impoluta y contaminada a la vez. Él siempre estuvo conmigo, acariciando mi vientre, ayudándome con la cotidianidad que se complica, hablando del futuro compartido. El nacimiento de un hijo débil fue como un golpe con guante de seda pidiendo una satisfacción; hizo afrenta a los doctores y perdió el duelo. Él lloró conmigo mientras el bebé menguaba bajo focos, cubierto de tubos, sin que nada se pudiera hacer.

Hace tanto que sucedió... Ya dicen que lo superé porque logro levantarme todos los días, porque accedo a peinar-me y bañarme; los que no lo han vivido creen que el dolor se apoca con el tiempo. La verdad es que vive de forma perenne; sucede que se convierte en una esfera pesada y ardiente que cargas en tus párpados abiertos y que solo liberas en el aislamiento del alma. Cuando quema mucho la guardo en el vientre, bien adentro, donde alguna vez acuné vida; allí duerme haciendo unos días soportables, o se remueve, haciendo otros insufribles.

En esas horas en las que todo se desmorona, cuando ya no puedo sostenerme en pie y las ganas de acariciarle la frente o acunarlo en mi regazo se alzan como un señor imponente, entonces me miro al espejo, observo detalladamente la cicatriz que me concedió al nacer. Es hermosa, es la primera sonrisa que me regaló, una sonrisa al revés que me ayuda a sobrevivir. ☹️

El cosmos de mi cuerpo (Reflexión)

ELIANA PAOLA CASTILLA PARRA, de Bogotá (Colombia)

Reconozco quién soy y cómo estoy vibrando.

Gracias por estar en mi vida, por tu existencia, por evocar amor, presencia, aceptación, todo un influjo de cosas que el cosmos de mi cuerpo te ovaciona. Me reconcilio contigo, con la tarea que vienes a cumplir; eres un pedacito de mí, de vida, de células con energía.

Ustedes, miomas, aparecen en mi vida en diferentes momentos, por muchas circunstancias, como una nueva fuerza, una nueva presencia; incluso vienen a cuidarme y protegerme, me habitan, me hacen reflexionar, pensarme, sentirme, amarme, cuestionarme, recordarme y, por supuesto, sanarme. De repente me conducen a una concreción de mi linaje, de mis ancestros en mi útero para recordarme, mostrarme e incluso para salvarme. Sanar es parte de mi tarea y ese... sin resolver, lo debo ver; vibrar con mis emociones e intentar amarme más profundo, soltar las expectativas, los miedos, los juzgamientos.

Misiva

Escuché tu voz por primera vez en la carta que me escribiste. Era como tenerte sentada a mi lado. Tu mirada lejana, el viento movía tu cabello el cual revoloteaba sobre mi cara; era lo único de ti que me acariciaba.

“Marzo de 2016.

Señor Villamonte:

En un tiempo no muy lejano hubo una mujer, fuerte y sonriente, que solo conocía de la vida desde los ojos femeninos,

tejedores, trabajadores, que con dulzura daban aliento al tragar. Pero en pocos días todo cambió. Mi madre, compañera de vida, de amor, de sabiduría, tuvo que adelantar su partida por una enfermedad que, antes de descubrirla, ya se la había llevado. Este último invierno me obligó a hibernar. Fuera de las razones que me han acompañado, sentí que era necesario contarte todo esto, aún cuando nunca has demostrado ningún interés frente a nuestras vidas. En medio de la dificultad que me invade en estos tiempos hasta respirar, busqué entre los documentos de mamá y encontré tu dirección para hacerte llegar la noticia.

No siendo más el motivo de la presente, y no sin antes desearte que tu vida sea hoy lo que siempre quisiste, me despido.

Elisa, la hija de quien te amó con locura y nunca desfalleció en su amor, el cual me compartió”.

Aquí donde me encuentro después de leer tu carta, reflexiono frente a todos los momentos que nos perdimos juntos—todo un universo de oportunidades— que, si bien pudieron estar llenos de demonios, también nos habrían podido acompañar los dioses del Olimpo que nos conectan con el cosmos. Sé que eso es la vida; el amor y los desencuentros, los miedos y los deseos, las sonrisas y las lágrimas, los gustos y los tormentos, las muchas experiencias en las que no te acompañé y que me hubiera gustado estar allí. Tal vez lo que parece indiferencia sea para ti una señal de olvido. No es así, es solo una de las pocas, o tal vez la única forma de mantenerte a salvo. Mis decisiones y mi vida fueron el resultado de mi propio destierro, confinado a la lejanía, a la separación de todo lo que amo. Confrontado todo el tiempo con esa realidad, lo único que puedo decirte es: lo siento.

Con amor,

Tu padre.



La voz más antigua para designar el concepto de «libertad» es «amaryi», [...] una expresión sumeria que significa retorno a la madre [...] Seguramente hacía referencia a que la libertad sólo había existido en la sociedad matricéntrica. El concepto de «libertad» apareció en la conciencia humana cuando apareció la represión; no pudo aparecer antes, pues no es posible el concepto de «libertad» si no existe represión.

MURRAY BOOCHIN citado por
CASILDA RODRIGÁÑEZ BUSTOS, en *La sexualidad
y el funcionamiento de la dominación* (2009).



SHEREZADE

Ediciones femeninas

info@mujeresencirculo.org

*Esta edición se gestó
durante la primavera
para ser lanzada en el verano
(Hemisferio Norte),
agosto de 2019, E. C.*



Todas estas voces nos muestran que hay muchas maneras de estar embarazada y muchas maneras de dar a luz. Cada mujer es un mundo y cada una debería ser dueña y señora de su propia manera de gestar y parir, sea un bebé, una comunidad o una idea. Así, si empezamos a escuchar otras maneras, quizás podamos entender que lo “normal” no es necesariamente lo que creemos.

